

UN TRANSATLÁNTICO

Todo en ese departamento quedaba a menos de un paso, con sólo estirar la mano se podía alcanzar toda suerte de juguetes domésticos e inventos efímeros que mi abuela solía coleccionar. Calculadoras de energía solar, largas manos de plástico o metal con que se rascaba la espalda, radiorrelojes en miniatura y, sobre todo y ante todo, la aspiradora portátil con que atormentaba a los invitados, limpiándoles la barba, la chaqueta y el pantalón mientras conversaban.

La cama azul, los discretos muebles blancos. Hasta en los colores tenía el departamento de mi abuela un extraño dejo marítimo, algo de casa de playa provisional a la que uno no le exige ni amplitud ni comodidades. Todo ahí tenía su utilidad. La platería de mi bisabuelo contenía las cenizas de los cigarrillos de mi abuelo, las vasijas de cristal azul estaban llenas de plátanos y manzanas. Nada parecía destinado a permanecer, todo estaba listo para ser embalado.

No recuerdo ahora dónde quedaban los libros. La cocina estaba separada del salón sólo por una barra que hacía de mesa. El living era también el dormitorio de mi abuela, que recibía siempre sentada o acostada sobre su cama.